

Criterios

El Presidente de la ACdP, Alfredo Dagnino Guerra, se dirige a los propagandistas en la Asamblea

● Por su interés, el *Boletín Informativo de la ACdP* recoge en este suplemento de 'Criterios', el discurso íntegro de Alfredo

Dagnino Guerra ante la XCVI Asamblea General de la Asociación Católica de Propagandistas (25 de octubre de 2008).

Excelentísimo Señor Vicepresidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Ilustrísimo Señor Secretario General, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores miembros del Consejo Nacional de la Asociación, Ilustrísimo Señor Viceconsiliario Nacional y Director de Pastoral del CEU, Coordinador Regional de Andalucía, Secretarios de y Vicesecretarios de los Centros y Consejeros locales, Secretarios Nacionales, Reverendos padres Consiliarios de la Asociación, queridos miembros de la Asociación Católica de Propagandistas, autoridades, personal y capellanes de nuestras Obras, amigos todos y hermanos en Cristo que nos honráis hoy con vuestra presencia en esta Asamblea General Ordinaria de la Asociación. A todos mi agradecimiento más sincero.

Vuestra presencia hoy aquí reafirma este testimonio evidente de comunión y fraternidad que debe inspirar y ser la esencia de nuestra vida apostólica.

Agradecimientos

Trascurridos casi dos años desde que comenzara para mí este ministerio presidencial, comparezco de nuevo ante todos vosotros, queridos propagandistas, queridos amigos, que os congregáis en esta XCVI Asamblea General Ordinaria. En trance de cumplir el segundo año de mandato que me conferisteis el 10 de noviembre del año 2006, deseo comenzar mis palabras, como suelo hacer, dando gracias a Dios Nuestro Señor. Dando gracias al Señor muy especiales por el don maravilloso que nos ha dado, que es la vida, que nos permite estar hoy aquí, por el don de la familia, que gracias a su sacrificio y abnegación me ha permitido desarrollar esta tarea que me encomendasteis; dar gracias a Dios por ser cristianos e hijos de la Santa Madre Iglesia que hemos sido llamados expresamente al servicio de la causa de la Iglesia, y lo quiero hacer, especialmente, reafirmando nuestra fe en Jesucristo y nuestra fidelidad a la Santa Madre Iglesia. Convencido de que la fuerza de la Iglesia proviene de la celebración de los Sagrados Misterios del Señor, muerto y resucitado y de la Buena Nueva, que todos los bautizados estamos llamados a anunciar. Quiero agradecer, durante todos estos meses, el testimonio de tantas gentes buenas y santas dentro de esta Casa, y también fuera de ella, a tantas personas que con su testimonio son para mí ejemplo en el seguimiento de Cristo. También de aquellas personas que me han enseñado día a día con palabras y con obras que el verdadero amor a Dios reclama la entrega y el servicio al prójimo.



Ana Campos

Hace casi dos años, por estas mismas fechas, recibí de esta Asamblea General la muy alta responsabilidad de presidir la Asociación Católica de Propagandistas. Durante este tiempo he tratado, no se si lo he conseguido, de ser ante todo un hermano en la fe, un humilde pero leal servidor de la Iglesia. Hoy puedo deciros, y lo digo con alegría, que he recibido de la Asociación, de todos vosotros, de los propagandistas, de tantas y tantas personas que sirven en estas obras apostólicas, más, mucho más, de lo que yo he podido dar y hacer. Y ahora, cuando la Divina Providencia ha querido que me encuentre en el paso del ecuador de mi mandato, deseo renovar el deseo de ser un Presidente en los términos que ahora ya hace dos años señalé al aceptar este honor, un presidente de todos y para todos, un hermano entre los hermanos, que con cercanía y humildad, y sobre todo con afán de servicio, se gaste y se desgaste en asumir este ministerio apostólico de conducir a la Asociación por los senderos del servicio a la Iglesia y de servicio también a España, procurando llevar a nuestra grey por el camino de la santidad, que como recordó don César Franco en la Homilía de la Santa Misa con que comenzamos la Asamblea General, es hoy en día la base de la vida cristiana.

Discurso del Presidente a la XCVI Asamblea General

Y esto lo llevaré a cabo con la confianza puesta en el Espíritu Santo, que es el que sostiene la misión. A él que todo lo crea, que todo lo escrutina, que todo lo sabe, le pido para mí y para todos vosotros que nos conceda fuerzas y que nos otorgue altura de miras para discernir con acierto en cada momento y para cumplir con la misión apostólica que nuestra ya casi centenaria Asociación tiene encomendada.

A todos vosotros, queridos propagandistas, mi más sincero y emocionado agradecimiento. Muchas gracias por vuestra confianza, por vuestro aliento y por vuestro apoyo, que no sólo no pasa desapercibido, sino que se hace esencial para continuar en el día a día. Gracias por vuestras constantes muestras de cariño y de afecto, y de las desde luego, no me siento acreedor. No os oculto que sin este constante respaldo difícilmente podría sobrellevar el día a día de la enorme responsabilidad que hace dos años me encomendasteis en mi persona. Mi agradecimiento a la dedicación y al compromiso apostólico de tantas y tantas personas, muchas de ellas aquí hoy presentes, todos vosotros y otros muchos como vosotros, que ya no están con nosotros y que han fallecido incluso en este año, y a sus familia a las cuales tengo un recuerdo especial y emocionado, tenemos en nuestra memoria y en nuestro corazón y que ahora les recordamos. Todos vosotros, y todos ellos, habéis hecho posible de forma altruista que la Asociación Católica de Propagandistas siga siendo una obra señera al servicio de Dios Nuestro Señor y de la Iglesia. Permitidme que exprese un agradecimiento muy especial a las personas que de manera más estrecha, quizás más directa, más inmediata, colaboran o han colaborado en las responsabilidades de Gobierno de la Asociación y de sus Obras: muy especialmente al vicepresidente, Julián Vara Bayón; a los miembros del Consejo Nacional; al secretario general de la Asociación, Antonio Urzáiz, al cual le agradezco su dedicación, su espíritu apostólico y la solución a las misiones que se le han encomendado. Tras un paréntesis, en el que asumió la dirección general de la Fundación Universitaria San Pablo CEU hace unos meses, volvió a la secretaria general de la ACdP y yo no tengo más que motivos de agradecimiento, lo mismo que hacia Alejandro Rodríguez de la Peña que asumió la secretaria general durante más de un año y medio y que hoy ha asumido la misión de dirigir este colegio mayor Universitario de San Pablo que hoy nos alberga.

Quiero hacer un agradecimiento muy especial a la Jerarquía de la Iglesia Católica en España, al Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española D. Antonio María Rouco Varela, al Nuncio Apostólico de Su Santidad D. Manuel Monteiro de Castro, al Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España D. Antonio Cañizares, y a tantos y tantos Obispos por la confianza, el apoyo, el respaldo y la cercanía que han mostrado a la Asociación. Mucho es lo que esperan de nosotros. Agradecimiento que no puedo dejar de hacer extensivo a nuestro querido Consiliario Nacional, Don César Augusto Franco, a nuestro Viceconsiliario, don Luis Fernando de Prada, y a todos y cada uno de los sacerdotes que ejercen funciones de consiliarios en nuestros centros de la Asociación y en nuestras obras como capellanes. Muchas gracias por ese auxilio espiritual que nos procuráis y por vuestro consejo, por la luz que nos aportáis en orden a promover la religiosidad y la espiritualidad de la Asociación, y a fomentar, como dicen nuestros Estatutos, el espíritu cristiano de sus miembros, que contribuye a infundir el ánimo que debe mover a nuestras obras apostólicas.

Este año tiene un carácter muy especial, con varias conmemoraciones y efemérides especialmente una, los preludios del centenario de la Asociación Católica de Propagandistas. Un momento celebrativo muy especial que va a tendrá lugar en unos días y que os anticipo: el día 8 de noviembre de este año, recordamos la llamada del padre Ángel Ayala SJ, en el Colegio de Areneros, a los ocho primeros jóvenes de la Asociación Nacional de Jóvenes Propagandistas. Un acto lleno de emotividad, histórico y de toda significación, y que esperemos tenga una presencia nutrida de hombres de la Asociación. También el aniversario de una de nuestras obras apostólicas más significadas. La Fundación Universitaria San Pablo CEU, el CEU, este año ha cumplido 75 años desde sus comienzos modestos en 1933. Y eso nos permite destacar la figura extraordinaria del siervo de Dios de Ángel Herrera Oria, su fundador y primer presidente de la Asociación. Ese Centro de Estudios Universitarios, que nació en Madrid en 1933, y que tuvo su primera sede en unos modestos locales de la calle Alfonso XI, número 4, se ha convertido, con el paso del tiempo y de las décadas, en la Obra señera que hoy contemplamos y de la cual nos sentimos especialmente orgullosos, al servicio de una misión Apostólica y de la evangelización en el campo de la Educación. Y, también, celebramos este año, por deseo del Santo Padre, el Año Paulino., Para nosotros colocados bajo su advocación y patrocinio es un momento de especial significación.

Como os decía al comienzo, han transcurrido dos años desde mi elección. Dos años ciertamente nutridos de actividad y de responsabilidad, pero si he querido algo en este tiempo, ha sido, como he dicho en varias ocasiones, darme respuesta a ciertos interrogantes: ¿Qué quiere Dios de nosotros en este momento? ¿Qué espera la Santa Madre Iglesia de la Asociación Católica de Propagandistas? ¿Qué podemos hacer para responder con fidelidad a las necesidades de nuestra sociedad? ¿Cómo vivir hoy en nuestro mundo y en la vida pública el carisma propio de nuestra Asociación?

A mi modo de ver, y así lo he recordado de manera reiterada en numerosas intervenciones públicas, la respuesta reposa, sobre dos ideas-fuerza: una, la identidad católica vigorosa, y dos, la comunión con la Iglesia. Creo firmemente que cualquier tarea que los propagandistas queramos emprender, no podemos llevarla a buen puerto apoyados sólo en nosotros mismos, en nuestras capacidades, en nuestras fuerzas, en nuestras opiniones, sino firmemente arraigados en la fe de la Iglesia y en comunión con ella. Sólo en la plena comunión eclesial es posible dar un testimonio completo del amor de Dios manifestado en su hijo.

Por eso la condición indispensable para que los propagandistas podamos tener una influencia real en la vida pública de nuestra sociedad y de nuestra nación pasa por el fortalecimiento de nuestra vida cristiana, tanto en su dimensión personal como en la unidad espiritual y visible, como miembros de la única Iglesia de Cristo vivificada por el espíritu de Dios, alimentada por la Palabra y por la vivencia de la práctica sacramental. Decía Juan Pablo II en la Exhortación Postsinodal *Ecclesiae in Eupora*: “la fuerza del anuncio del Evangelio y de la esperanza será más eficaz si va acompañada del testimonio de una profunda unidad y comunión con la Iglesia”.

Hoy percibimos en nuestra Iglesia distanciamientos, disencuentros, que en el fondo son consecuencia de nuestro orgullo, y también de la debilidad de nuestra fe. Padecemos también una disgregación, a veces excesiva, en comunidades o grupos; demasiados recelos, particularismos que dificultan la coordinación y debilitan

Discurso del Presidente a la XCVI Asamblea General

nuestra presencia y nuestra actuación evangelizadora en el mundo. Nunca me cansaré de proclamar una y otra vez que la unidad y la comunión con la Iglesia es primordial, y sólo nos vendrá dada como un don de Dios cuando estemos verdaderamente entregados en la persona de Nuestro Señor Jesucristo, cuando de verdad creamos en la Iglesia como cuerpo místico de Cristo que sigue presente y actúa en ella para la Salvación del Mundo.

Unidad y comunión que implican también servicio a la Iglesia, algo que está hondamente enraizado en el carisma propio de nuestra Asociación. La Asociación Católica de Propagandistas, nacida y criada al calor de los Ejercicios de San Ignacio, que situaron el marco de su espiritualidad, la obediencia con la perfección, que el fundador de la Compañía de Jesús establecía en ellos y particularmente para vivir en la Iglesia y con la Iglesia, algo que se corresponde con lo que Ángel Herrera llamaba la romanidad de la Asociación: defender los derechos y los principios de la Iglesia en la vida pública, y servir a la Iglesia como la Iglesia desea ser servida, como dice nuestro segundo presidente Fernando Martín-Sánchez.

Estos últimos años han significado una revitalización de la Asociación Católica de Propagandistas. Vivimos, podríamos decir, una nueva primavera asociativa, que tiene su base y su fundamento último, como no podía ser de otra manera, en el reforzamiento de su espíritu sobrenatural. Y como ya os recordaba el año pasado, sólo si nos persuadimos de que el alma de la Asociación está en el espíritu, nuestra vida apostólica será fecunda, el apostolado seglar que todos y cada uno de nosotros hagamos será fértil, y cada vez será mayor la presencia de la Asociación en la sociedad, cada vez será mayor el número de jóvenes que se incorporen con vocación auténtica de ser propagandistas, y nuestras obras apostólicas florecerán en toda España.

Permitidme que al hilo de estas ideas, centre mis reflexiones alrededor de tres cuestiones, que evidencian tres inquietudes, tres preocupaciones: el espíritu, los hombres, y la misión, tres puntos clave para la vida y misión de la Asociación.

Espíritu sobrenatural

La vida sobrenatural, el alma de la Asociación. Una Asociación nacida para influir en la vida pública, ha de tener una base profundamente sobrenatural. Más aún, lo fundamental para nuestros fines es el espíritu sobrenatural. La vida interior es el alma de la Asociación. No podemos olvidar que la Asociación está llamada a restaurar las cosas en Cristo, restaurar la sociedad, o como dicen nuestros Estatutos, mejorar las estructuras o las instituciones sociales según las exigencias del Reino de Dios. Pues bien, recordemos las palabras de Herrera: si la Asociación está llamada a restaurar la vida pública, la restauración empieza por nosotros mismos. Por eso, lo primero que tenemos que hacer los propagandistas es restaurarnos a nosotros mismos, porque nada en la vida de un propagandista es ajeno a su orientación espiritual. Y para ello es imprescindible que el propagandista viva en Cristo. Esa es la raíz de la que se nutre cualquier aspecto de la vida cristiana, siendo como es Cristo, fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia, es evidente que la fecundidad del apostolado seglar sólo depende de esa unión vital, de ese encuentro personal con Jesucristo. Cuando el Papa Juan Pablo

II, de feliz e inolvidable recuerdo, alumbró una Exhortación Apostólica sobre la vida y la misión del laicado la intituló *Christi fideles laici*, los fieles laicos de Cristo. Con este título dejaba claro que la fidelidad amorosa de Cristo es el medio para dar fruto en el Reino de Dios, ya que no en vano Él nos dijo: “El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podréis hacer”. Si volvemos la mirada atrás, es precisamente en los orígenes de la Asociación Católica de Propagandistas, donde la preocupación por el cultivo de la vida espiritual intensa y exigente está hondamente enraizada en el pensamiento de nuestros fundadores. Recordemos las palabras del padre Ayala SJ en la XIII Asamblea General de la Asociación celebrada en Loyola del 5 al 7 de octubre de 1926 “El apostolado requiere una vida espiritual intensa. La falta de vida espiritual acarrea males para uno mismo, para la Asociación y para la Iglesia. El pensamiento, sin vida espiritual, pronto desfallece, y no teniendo espíritu no se puede comunicar a los demás nada, pues nada no servirá para nada en el campo del apostolado seglar, que es el ámbito natural de la Asociación”.

¿Y en qué consiste este espíritu? Consiste en amar a Jesucristo por encima de todas las cosas, por expresar un celo por el Evangelio, por difundir un cristianismo íntegro en la vida pública, por la austeridad de la vida austera, una vida curtida en el sufrimiento y en la adversidad, una vida de oración y también una vida de acción. Sólo este espíritu sobrenatural es el que de verdad nos hará fecundos en la vida pública, porque en él reside la esencia de la fuerza y el poder de Dios. Por eso un propagandista sin espíritu sobrenatural es como decía el padre Ayala SJ “un círculo cuadrado”.

Entonces ¿Qué es ser propagandista? Nos lo recuerda el padre Ayala SJ. “Ser propagandista es algo sencillo y al propio tiempo enormemente complicado, ser propagandista consiste en ser apóstol de Cristo donde quiera que esté, en el hogar, en la cátedra, en la redacción de un medio de comunicación, en el servicio al Estado o en el consejo de administración de una empresa. Ser propagandista es tener en la vida, como norte, el ideal de difundir la verdad del Evangelio en medio del mundo. En definitiva, es estar íntimamente unido a Cristo, una vida de unión con Cristo que exige de medios para fomentar y cultivar esa vida precisamente espiritual”.

Una vida de unión con Cristo, que exige y requiere, una vida sobrenatural notable, que se manifiesta en la frecuencia de la oración como parte constitutiva y esencial de la vida cristiana, la práctica sacramental y de los ejercicios espirituales. Una vida que debe nutrirse de todos estos auxilios, de tal forma que no se separe nunca la unión con Cristo de las actividades que hagamos en el orden temporal. Entre los medios que deben cultivarse para fomentar la espiritualidad está la práctica de los Ejercicios Espirituales, los Ejercicios Espirituales ignacianos que vamos celebrando ya desde hace muchos años con todo su rigor en la más pura tradición de Loyola, y sino también en las tandas que organizamos tanto a nivel nacional como en todos los Centros. Hacer los ejercicios, decía el padre Ayala SJ, no es cosa de lujo sino una auténtica necesidad.

La participación activa en la sagrada liturgia es otro de los auxilios espirituales que procura la Asociación. Su celebración debe ser al menos con una periodicidad que sacie las ansias espirituales de cualquier propagandista en cualquier lugar de España; y la meditación, algo que se impone también para garantizar la vida interior. Sin vida interior, sin espíritu sobrenatural, no nos engañemos, no habrá

Discurso del Presidente a la XCVI Asamblea General

Asociación, no habrá apostolado seglar, habrá a lo sumo una comunidad de intereses o una comunidad de socorros mutuos, pero no habrá Asociación Católica de Propagandistas, y ello trasluce también en nuestras Obras apostólicas.

Por eso, es fundamental que la Asociación, en sus diversos Centros, procure los medios para saciar esa vida y esa tensión espiritual. La Asociación Católica de Propagandistas no es una asociación política, no es un ateneo cultural; es una asociación apostólica que persigue la santidad de sus miembros, cuya alma y cuyos fines son sobrenaturales, la propagación del reino de Cristo en medio del mundo. Y ello exige formar y cultivar hombres de oración y de profunda vida interior, sólo estos hombres podrán estar en condiciones, luego, de cumplir con su misión en la vida pública. De ahí que me proponga resucitar la histórica Sección de San Pablo, en la que tantas esperanzas depositó Ángel Herrera, para que los propagandistas pudieran también agudizar su tensión espiritual.

Pero permitidme que hoy vaya más allá. Tenemos que cultivar aún más la vida sobrenatural, que es el alma de la Asociación, y procurar por todos los medios que ningún propagandista, o con vocación de ser propagandista, tenga la necesidad de buscar esa tensión espiritual en ninguna otro ambiente o realidad eclesial. Pero no basta eso, tenemos por delante el reto de configurar nuestros Centros auténticas comunidades de vida cristiana, comunidades de fe, cimentadas sobre la base del amor y la fraternidad cristianas. Hace falta que convivamos más, que nos conozcamos más, que nos amemos más los unos a los otros; que nos reconozcamos en el otro, que sepamos resolver nuestras diferencias y disonancias desde la caridad y desde la corrección fraterna, sin olvidar jamás quiénes somos y cuál es el espíritu que nos mueve; es vital para que la Asociación sea de verdad una asociación apostólica que viva en plenitud y en comunión con esa misión. Necesitamos más vida de oración, más amor, más vida en común, más espíritu sobrenatural en definitiva.

La unidad de todos los propagandistas es más importante que nunca, unidad en la concordia, unidad que reconozca y respete la sana y legítima pluralidad de sus miembros, que estimule el espíritu e iniciativa de los mismos.

Decía Ángel Herrera: “Entre nosotros no puede haber división”. Hoy reitero esa apelación que hice en las dos Asambleas precedentes, a la unidad y a nuestra identidad, a organizar el futuro apostólico de la Asociación sobre lo que constituye su carisma propio. Además, la Asociación Católica de Propagandistas tiene hoy por delante una misión determinante: contribuir a organizar y aglutinar el laicado católico. Pienso que el espíritu de servicio a la Iglesia, de aglutinar diferentes iniciativas, de servicio solidario y de colaboración fraterna con otras organizaciones e instituciones católicas, adquiere en el momento actual su sentido más pleno y más profundo. No es esta precisamente la hora de la dispersión ni de los particularismos, sino de la concentración evangélica de esfuerzos por el desarrollo de misiones y de obras apostólicas, y así es como lo venimos haciendo en muchas iniciativas felices y gozosas, entre otras, en la defensa de aquellos principios que no admiten renuncia, como nos recuerdan los Pontífices; está ocurriendo en todo lo que ha significado la batalla por la defensa de la vida, la defensa de la familia, y la libertad de enseñanza. Y en este contexto se sitúan iniciativas como son los Congresos y las

Jornadas *Católicos y Vida Pública* y los Congresos de Profesionales Católicos que vamos a impulsar en las próximas semanas. Creo firmemente que debemos mantener este espíritu de generosidad y de servicio a la Iglesia en colaboración con otras muchas realidades.

Hombres

Decía en primer lugar espíritu, pero ponía en segundo lugar a los hombres. Hablar de hombres, y de la formación de hombres, es hablar de la finalidad propia de la Asociación. Y ¿cuál es esta finalidad? Recordaros las palabras de Ángel Herrera: “Restaurar las cosas en Cristo”; o como decía también Fernando Martín-Sánchez: “Llevar a Cristo a la sociedad, hacer que Cristo entre hasta la médula, hasta los resquicios, hasta los recovecos de la vida pública”. No cabe mayor sencillez ni mayor profundidad al mismo tiempo, pero nadie duda, como no dudaron los propagandistas de esta primera hora, que para la realización de manera efectiva la vida propia de la Asociación hay que formar hombres católicos capaces de actuar de manera activa y responsable en la vida pública.

Preparar esas minorías selectas sobre las que teorizó Ángel Ayala, SJ. siguiendo la consigna de Pío XI en *Cuadragésimo Anno*, minorías activas y dinámicas para difundir en la sociedad española el espíritu cristiano, minorías integradas por hombres íntegros, hombres movidos por esas intenciones y ese espíritu sobrenatural, hombres de oración y al propio tiempo, hombres de acción, hombres bien formados intelectualmente, auténticos líderes; pero sobre todo, hombres de servicio, hombres dispuestos a sacrificar sus intereses personales por el interés más grande del servicio a Dios y del servicio al prójimo, a nuestra sociedad, al bien común.

Precisamente, al servicio de la acción, nació nuestra Asociación y nacieron algunas de sus Obras apostólicas, como el CEU y el Colegio Mayor Universitario de San Pablo. Pero preparar minorías selectas no es “ni puede ser nunca un fin en sí mismo. “Mucho cuidado con eso,” -decía el padre Ángel Ayala SJ-, “si queremos crear una minoría selecta capaz de guiar a los senderos de nuestro pueblo y de nuestra nación por los caminos del bien común, no es para nuestra propia satisfacción, no es para recrearnos como narcisos mirándonos en el espejo tranquilo de las aguas, es para servir al hombre, para servir al bien de nuestra sociedad”.

Las minorías selectas son, en términos evangélicos, un pequeño grupo, un pequeño rebaño orientado a cumplir con una misión evangelizadora de la sociedad. En palabras de Ángel Herrera: “Dirigir para servir, no para autoservirse; regir para sacrificarse, no para auto engrandecerse; gobernar, no para perpetuarse en el poder”. No olvidemos que los propagandistas, por nuestra vocación, estamos llamados para dar testimonio ante el mundo de la verdad del Evangelio. Testimonio que habrá de ser siempre el testimonio de una relación viva e íntima con Dios en todas las actividades de la vida humana, un testimonio que tiene un valor inapreciable e imprescindible para la credibilidad del mensaje cristiano en el contexto de nuestro mundo de hoy, la coherencia entre fe y vida, entre evangelio y cultura, porque la fe en ningún caso nos aleja de la vida, ni la desfigura, ni la imposibilita; antes al contrario, es precisa-

Discurso del Presidente a la XCVI Asamblea General

mente la fe profunda, adulta y madura la que lleva al propagandista a tomar parte de la vida, y más especialmente, en la vida pública y en su responsabilidad ante los demás, y en lo que es más importante, en su responsabilidad ante Dios.

Esa formación de minorías, sobre la que teorizó el padre Ayala SJ, Ángel Herrera, en el pensamiento de nuestros padres fundadores y nuestra tradición, no tiene una función puramente docente o individual, sino trascendencia social y política, entendiendo lo social y lo político en el sentido helénico y clásico del término. Hoy, como ayer y como mañana, dígame lo que se diga, y cualquiera que sean los sistemas de gobierno que establezcan los hombres, los pueblos se dirigen por minorías inspiradas por ideales, y éste es un principio evidente para aquel que estudie con profundidad filosófica la historia de las ideas y las organizaciones políticas, y de este principio se deducen dos consecuencias.

El primero, que los pueblos necesitan minorías dirigentes. Los pueblos que carecen de ellas, la historia lo demuestra, son pueblos acéfalos, y están condenados a caer en manos de demagogos cuando no en manos de déspotas, de tiranos o en totalitarismo. El segundo, que esas minorías no pueden actuar movidas por cualquier ideal. El ideal de estas minorías tiene que ser justo, recto y alto, porque si no carecerá de condiciones para ejercer responsablemente y al servicio del bien común esa capacidad de dirección. Nosotros sabemos, y sabemos bien, que estas minorías selectas, movidas por un ideal justo, recto y alto, no se pueden dar si no es en el seno del cristianismo, porque tales ideas se fundamentan en un deber moral. Todas las culturas agnósticas, escépticas, pragmáticas, utilitarias y relativistas que son incapaces de fundar este ideal en el deber moral y que no pueden conducir al hombre a un fin que desconocen, no sirven para dirigir ni para salvar a los pueblos y las naciones.

Cuando esos elevados valores no se dan en las minorías dirigentes, los hombres y los pueblos se sumen en una desesperación y muerte moral. Es verdad, según reza ese viejo proverbio clásico, que los imperios, y muy probablemente también, el auge de las naciones, se fundan en un hombre providencialmente dotado, pero lo perpetúan organismos colegiados, lo perpetúan minorías dirigentes y creadoras. Pues bien, para que esos organismos colegiados perpetuadores de las grandezas de nuestras naciones y de nuestras sociedades puedan erigirse y mantenerse, es menester, crear y articular, minorías selectas directoras de hombres, en este caso, de españoles íntegros que puedan servir al bien común.

En estos momentos en los que cabe atisbar en el horizonte un cierto cambio de paradigma cultural, es el momento de que desde nuestra Asociación tengamos hombres dispuestos a la acción en la vida pública. Hombres que respondan al lema fundacional del Colegio Mayor Universitario de San Pablo: "Ser señores de vosotros mismos y señores para los demás". Porque sólo sirviéndose, sólo sacrificándose por los demás, por el prójimo, por el pueblo, por la sociedad, por la comunidad, en definitiva, sólo sacrificando la propia felicidad para crear a nuestro alrededor felicidades ajenas se es realmente señor en el sentido más cristiano y más profundo del término. Esos son los hombres y son las minorías que tienen que salir de esta Casa para realizar la labor de apostolado seglar en el vasto campo de la vida pública en España.

Misión

Y en tercer lugar: la misión. Nuestra misión llevar a Cristo a todos los ámbitos de nuestra sociedad; la de difundir el cristianismo a todos los órdenes de la vida pública, un cristianismo íntegro como decía el Cardenal Poupard en una de las conferencias que impartió en nuestra casa, un cristianismo sin páginas arrancadas; un cristianismo que no sea vergonzante, que sea consecuente con las exigencias de una fe adulta y madura, que es, como diría cardenal Ratzinger, la fe que debe vivirse en el mundo de hoy. Pero diría más. El espíritu que llevó, en 1908, al padre Ayala y a unos cuantos jóvenes a fundar la Asociación Católica de Propagandistas no sólo sigue vigente sino que encuentra en el contexto cultural, filosófico, político, antropológico de hoy, su sentido más pleno y más profundo. Nuestra presencia en la vida pública debe ser el anuncio de la esperanza del hombre.

Pero cabría, hoy, preguntarse: ¿Hay sitio hoy para la esperanza en una sociedad como la nuestra egoísta, aturdida, asustada, anestesiada? ¿Hay sitio para la esperanza en una sociedad sin norte o lo que es peor en una sociedad sin brújula?

Los católicos, tras planteamos responsablemente esta pregunta, sentimos la necesidad ineludible de comunicar y de compartir con todos nuestra respuesta y de hacerlo desde lo más profundo de nuestra fe. En la raíz misma de tantas preocupaciones y de tantas crisis que vivimos hoy, desde la cultura a la economía, desde la política a la violencia terrorista, desde la familia a la escuela y a la universidad, desde la injusticia a la falta de respeto por la vida y por la dignidad humana; hay otra crisis más profunda y también más angustiosa, la crisis moral de Occidente, la quiebra moral de los principios y valores que son los que han contribuido a determinar lo que somos, nuestro ser, nuestra identidad, nuestras raíces, todo aquello que está en la raíz y en la base de nuestra civilización y que todo hace pensar que se desmorona. El diagnóstico es claro y no admite dudas. Pero ¿de qué sirven ya más lamentaciones? ¿De qué sirven ya más voces estériles y proclamaciones plétóricas?

Es hora de dejar a un lado la palabrería, la retórica y los discursos, y pasar, como decía Ángel Herrera, a la acción personal y colectiva, concreta, testimonial y coherente. Frente a los interrogantes hay sitio para la esperanza en nuestra sociedad; ¿Y en quién reside la esperanza? Debemos responder alto y claro que sí; que hay esperanza para el hombre de nuestro tiempo y que esa esperanza es Cristo, la única esperanza fiable. No una esperanza, sino la única esperanza fiable. La única creíble, la única verdadera y auténtica, la única que no engaña y que no defrauda. Y desde el exigente realismo de esta esperanza debemos sentirnos urgidos, acuciados a formularla y a ofrecerla al hombre de nuestro tiempo, como lo que es, no nos engañemos, es una dura interpelación, no una promesa cómoda y fácil, adaptable según las conveniencias personales. Es un compromiso duro, riguroso, políticamente incorrecto por completo, consciente y convencido de ir contra corriente, sin altanería desde luego, pero sin complejo alguno. Y estamos convencidos, como dice Benedicto XVI, de la necesidad apremiante de decirle a la sociedad, de transmitir al mundo que "el mal y la muerte no tienen la última palabra, sino que al final Cristo vence y Cristo vence siempre."

Este anuncio de la esperanza no se debe separar de los problemas del mundo de hoy ni del contexto cultural, filosófico y social de nues-

Discurso del Presidente a la XCVI Asamblea General

tro mundo. Un mundo en el que la búsqueda de la verdad última ha quedado frecuentemente oscurecida. Las verdades estables y universales que el hombre estaba seguro de haber alcanzado y que eran auténticos puntos de referencia, se dejan a un lado: entre tanto se abre paso un pluralismo ético e indiferenciado, y en el que todas las ideas, todas las posiciones y todas las doctrinas son igualmente válidas. Y no es así. No todas son igualmente válidas, ni todas son igualmente justas. De este modo, nos encontramos en un ambiente cultural occidental con una difundida desconfianza hacia las afirmaciones universales y absolutas, sobre todo por parte de quienes consideran que la verdad es el resultado del consenso, de las modas de pensamiento, de las mayorías políticas o parlamentarias.

Lógicamente cuando éstas son las condiciones que imperan, no queda indemne el orden moral que hace que el hombre contemporáneo dude de la inmutabilidad de ese orden, de esa verdad de la ley natural y hasta de la misma existencia de una moral objetiva y anterior al Estado. Sin la trascendencia, sin Dios y sin moral, el hombre se queda solo, exclusivamente a merced de su propio arbitrio.

Y ¿cuál es el resultado? La caída en formas de agnosticismo y de nihilismo que llevan a que nos movamos en las arenas movedizas del relativismo moral, de un relativismo que además conlleva el eclipse del sentido de Dios, que es el eclipse del sentido del hombre. Sin la existencia de Dios, hoy nuestra sociedad pierde siempre el hombre. La posibilidad de formular y de construir una verdad sobre el hombre y sobre el mundo se debilita hasta el punto de que no es posible esa verdad. Ésa es la enseñanza constante del papa Benedicto XVI desde su primera obra en 1958 hasta la última de sus alocuciones, homilias o discursos.

Quizá por ello en tiempos como los nuestros, de grandes cambios y de una complejidad tan enorme, es preciso ir a lo esencial y poner en el centro de nuestra vida, y también de la vida pública a Dios, Dios revelado y hecho tangible en su hijo Jesucristo. Un mundo en el que no sólo se produce el eclipse del sentido de Dios, sino que nos lleva a un materialismo en el que se acentúa el individualismo (el yo antes que el otro, antes que la comunidad) el utilitarismo (las cosas valen en función de la utilidad que nos aportan) y el hedonismo (la búsqueda del placer por el placer y la comodidad). Bajo esa expresión, tantas veces repetida en nuestra sociedad, de la calidad de vida se produce el consumismo desordenado, la belleza y el goce en sí mismo de la vida, en sus dimensiones más materiales y físicas nos conduce a un ambiente en el que hemos sustituido los valores del ser por los valores del tener.

¿Y a dónde nos conduce este eclipse del sentido de Dios y del sentido del hombre? El hombre se siente creador, principio y fin último de su existencia, no ser creado; y el Estado se erige en demiurgo de manera subsidiaria e intenta definir cuándo comienza y cuándo termina la vida, decide determinar hasta dónde llega la libertad del hombre, moldea las instituciones del hombre y del derecho natural como la familia y el matrimonio a su antojo con grave prejuicio para el bien común. Y así es como el Estado pretende erigirse como educador moral de una sociedad.

Fijaros en las palabras pronunciadas por el papa Benedicto XVI en la inauguración del Sínodo de los Obispos dedicado a La Palabra de Dios, en la vida y la misión de la Iglesia: “Quién construye su vida sobre todo en lo aparente, construye sobre arena”. Unas palabras

que podrían aplicarse a la crisis económica que ahora vivimos y situarla en el contexto moral adecuado. Una crisis económica que no tiene sólo un origen financiero. Oímos todos los días que la causa son las malas prácticas bancarias, los defectos de la regulación y supervisión por parte de los poderes públicos de los mercados financieros, pero detrás de esta crisis hay una crisis mucho más profunda: una crisis moral, una crisis espiritual, la crisis de un modelo de hombre, de sociedad y también de un modelo económico. La crisis de todo un orden de valores, o mejor dicho, de contravalores, que ahora se resquebraja y que no ha hecho nada más que empezar.

Aparentemente, éstas son las realidades importantes para el hombre de hoy, para muchos de los hombres de hoy. Pero todo eso pasa y vaya si pasa. Lo estamos viendo, cómo caen bancos de inversión, empresas y fortunas que se han forjado en el calor de la especulación, realidades virtuales y aparentes. Por eso, el hombre que formemos en esta casa debe construirse sobre roca y no sobre arena.

Permitidme una referencia al problema tan arraigado en el mundo de hoy, el tratamiento público del hecho religioso. Observamos una alianza estratégica entre democracia y relativismo, entre democracia y laicismo. En el campo social y político se va formando un concepto de democracia que no atiende a fundamentos de orden axiológico a fundamentos morales, pre-políticos, y vemos cómo la admisibilidad moral de muchos comportamientos se juzga conforme al criterio de las mayorías, y de las mayorías parlamentarias.

La vida social y política se adentra, así, en las arenas movedizas de un relativismo absoluto en el que todo es negociable, todo admite componenda, no hay nada verdadero, no hay nada sagrado, ni siquiera el primero y fundamental de los derechos de la persona, el derecho a la vida; ni siquiera la familia como institución previa y anterior al Estado.

Algunos incluso llegan a afirmar, falazmente, que este relativismo es la convicción inexcusable para que exista democracia.

No deja de resultar sorprendente y hasta paradójico que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza en nuestra sociedad, sean, seamos, considerados poco fiables desde el punto de vista democrático porque sostenemos que la verdad no depende de los niveles de comunicación, ni de las modas ni tampoco de los equilibrios políticos.

Si en la democracia no existen principios ni verdades últimas que guíen la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas podrán ser siempre instrumentalizadas fácilmente para fines de poder, o lo que es peor, construiremos una democracia que se precipite e irremisiblemente por la pendiente del totalitarismo.

Es éste uno de los aspectos clave del pontificado de Benedicto XVI. La religión debe ser un elemento integrante de la conciencia del hombre, y eso no se compadece con el laicismo ideológico y excluyente que se vive hoy en occidente. La religión es una categoría indispensable, humana, universal, y eso se haya en la raíz de la esencia y de la convivencia misma de la vida en comunidad.

La propuesta cristiana es la de un Dios que llama a la puerta del corazón del hombre, no como enemigo de la felicidad, ni de la libertad humana, sino como un amigo que viene a traernos la paz, y que no es el resultado del temor, ni de la coacción, ni de la violencia, sino fruto del amor.

Fijaos en las palabras del Papa Benedicto XVI en su viaje a Estados Unidos en el mes de abril: “En esta tierra de libertad religiosa, los

Discurso del Presidente a la XCVI Asamblea General

católicos han encontrado no sólo la libertad para practicar su fe sino también para participar plenamente en la vida civil, llevando consigo sus convicciones morales a la esfera pública, cooperando con sus vecinos a forjar una vibrante sociedad democrática”. Así les decía el Santo Padre a los estadounidenses en la homilía de la misa que pronunció en el *Yankee Stadium* de Nueva York. Les invitaba a resaltar la falsa dicotomía entre la fe y la vida pública, pues como afirma el Concilio Vaticano II, “ninguna actividad humana, ni siquiera los asuntos temporales, pueden sustraerse a la soberanía de Dios”.

Un planteamiento que contrasta de manera bien elocuente con lo que ocurre en la Vieja Europa que se avergüenza de sus raíces cristianas, la libertad y la convicción con la que los norteamericanos reconocen y se refieren a Dios, la introducen a sus costumbres, en la vida pública, en sus discursos políticos sin complejo alguno; son ejemplos dignos a seguir. El Papa lo sabía bien cuando ya en el acto de bienvenida en la Casa Blanca se dirigía al presidente de los Estados Unidos, así: “Confío en que los americanos encuentren en sus creencias religiosas una fuente preciosa de discernimiento y una inspiración para buscar un diálogo razonable, responsable y respetuoso en el esfuerzo de edificar una sociedad más humana y más libre”, un mensaje que no puede ser más actual, y que trasciende, desde luego, las fronteras de los Estados Unidos.

El Santo Padre elogia así el valor positivo de lo que llama “el reconocimiento público de la religión en los Estados Unidos”, pero que es aplicable a cualquier nación. Hace unos días el arzobispo norteamericano Raymond Burke, recién nombrado por el Papa, Prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, decía así: “El partido demócrata ya no es el partido que ayudó a nuestros padres y abuelos inmigrantes, no es el partido que les ayudó a integrarse y a mejorar en la sociedad americana”. Ningún político norteamericano, y desde luego ningún miembro del partido demócrata, se ha atrevido a acusar al Arzobispo Burke de injerencia, ni de atentar contra la libertad, ni contra los fundamentos de la democracia. Más aún, hace unos meses en los Estados Unidos, el episcopado norteamericano alumbró un documento titulado “Formando conciencias para ser ciudadanos fieles”, a ese documento han seguido numerosos otros, cientos de pronunciamientos episcopales individuales y colectivos destacando el carácter no negociable de ciertos valores humanos, del respeto a la vida y de la familia a la hora de discernir sobre el ejercicio del derecho de voto. A nadie se le ha ocurrido decir que el episcopado norteamericano está socavando las bases de la democracia, que está anulando la libertad, o que contribuye a alienar al hombre. Tomemos ejemplo.

En Europa, sin embargo, las cosas van por otro camino, Europa desconoce sus raíces cristianas, no respeta el papel de la religión ni de la Iglesia, y pretende recluir las creencias religiosas al ámbito de la conciencia puramente individual. Y ¿cuál es el resultado? La creciente separación entre fe y vida; el vivir como si Dios no existiera. Así pues, reconozcámoslo claramente, en nuestra sociedad no es irrelevante, en ningún modo, la fe para la vida pública. No es comprensible el Estado ateo, no es comprensible tampoco un Estado laicista. “La libertad auténtica, como dice el Papa en la Universidad católica de Washington, jamás puede ser alcanzada nunca, ni la virtud, alejándose de Dios”. “Pobre libertad, dice el Santo Padre, la de quien no tiene más luz que su propia ceguera”.

Por el contrario, la libertad, la vida entera, resplandece cuando se abre al único Señor verdadero, que es el de Dios. Los hombres, hoy y

siempre, y no digamos los europeos, necesitamos recuperar esa verdad liberadora, que llegó al Nuevo Mundo de la mano de los europeos y de manera tan especial de los españoles. La convicción de que los únicos principios que gobiernan la vida política y social están íntimamente relacionados con un orden moral, basado en el señorío de Dios, Creador y Redentor, justamente el que lejos de esclavizar otorga el señorío de todo hombre sobre la creación entera.

Este es el concepto de laicidad positiva a la que tantas veces se refiere el Papa Benedicto XVI, y se ha referido, en un célebre discurso ante la Asamblea Nacional de Juristas Católicos italianos, y lo ha hecho, y más recientemente, en su diálogo con Sarkozy y en los diferentes discursos pronunciados durante el viaje apostólico a Francia.

Como ha dicho recientemente el Cardenal Rouco: “el camino del diálogo y de la laicidad positiva es el camino de nuestro tiempo el camino que debe orientar al Estado: el respeto al derecho sagrado y fundamental de la libertad religiosa”. Una laicidad que nada tiene que ver con el laicismo que se desarrolla de manera alarmante en nuestra sociedad.

Pues bien, tenemos que ser conscientes, y nosotros tenemos una especial responsabilidad, de transmitir que nuestra fe católica inspira unos principios antropológicos, morales y jurídicos de ordenación de la vida pública y que no es para imponerla sino para proponerla abiertamente, para concitar la adhesión a la persona de Jesucristo que es la única que abre un camino de valorización incondicional a la dignidad de la persona humana y el reconocimiento de unos derechos naturales que el hombre tiene por el mero hecho de nacer.

Todo un reto histórico, sólo asumible, si se admite una concepción no restrictiva del hombre. Algo especialmente relevante para juzgar la España de hoy.

Los católicos españoles no podemos decir que nos sintamos tratados justamente; al contrario, nos sentimos tratados injustamente y de manera desagradecida en nuestra España y lo sentimos desde la convicción de que nuestra principal obligación de caridad es proclamar y proponer la verdad del hombre. Nos afirmamos ciudadanos españoles de pleno derecho, tanto como el que más, ciudadanos, desde luego, y no súbditos de nadie, que queremos contribuir al bien común y al enriquecimiento espiritual de nuestra nación.

Y ello es lo que nos lleva a afirmar que la España de nuestros días no es ciertamente la mejor España ni la única España posible, no es la mejor España aquella en la que no se respeta el sagrado derecho a la vida, ni la que propicia leyes inicuas, injustas e ilegítimas como las del aborto y la eutanasia. Ni los proyectos que persiguen hoy procurar el suicidio asistido o la manipulación abierta de las fuentes de la vida humana. No es la mejor España aquella en la que no se respeta, como es debido y merece, a la familia y a sus valores, ni se protege al matrimonio verdadero. No es la mejor España aquella en la que los derechos que los padres tienen a educar a sus hijos según sus propias convicciones religiosas o morales se ve gravemente conculcado desde el poder público. No es la mejor España aquella en la que se hace todo lo posible por derrotar y acabar de una vez y para siempre con el terrorismo ni por asegurar una convivencia segura y en paz en la unidad de nuestra Nación que costó sangre, sudor y lágrimas a nuestros antepasados.

Hoy podemos percibir, creo que con todo fundamento, toda una operación de ingeniería genética social, un proyecto que existe de transformación antropológica y de cambio de mentalidades que pa-

Discurso del Presidente a la XCVI Asamblea General

sa primero por minar los fundamentos antropológicos y vertebradores de la sociedad, la familia y la educación, y más concretamente, la familia y la escuela. Por cambiar las mentalidades, porque la revolución ya no se hace tomando los palacios de invierno. Son revoluciones culturales, y el Estado persigue la hegemonía cultural y la hegemonía política, exige la hegemonía sobre las conciencias y también pasa por la desintegración de nuestra nación. Una desintegración preocupante y que no se puede disociar del fenómeno de laicismo radical y excluyente sobre el que se erige también las raíces cristianas de nuestra querida España.

Por todo ello, los católicos españoles tenemos hoy una dicha, y también una enorme responsabilidad. Debemos procurar a España un proyecto sugestivo de vida en común desde nuestras convicciones cristianas. Todo un proyecto de regeneración moral de nuestra sociedad que pasa por una educación y por una acción cultural, que pasa por una educación distinta sobre mimbres distintos para formar a los hombres del mañana, pasa por recrear la cultura católica, la antropología cristiana, pasa por proponer un nuevo orden social y económico cimentado por unos mimbres bien distintos a los que se han cimentado las últimas décadas, pasa también, por un nuevo orden político que permita formular una propuesta de regeneración de la democracia sobre sus auténticos fundamentos morales y prepolíticos.

Los católicos queremos y deseamos contribuir decisivamente a construir una sociedad auténticamente democrática fundamentada en el respeto a la verdad, a la verdad del hombre, que es inseparable de Dios; a una paz que es imposible sin justicia y sin perdón; a una definitiva reconciliación entre todos los españoles y sobre todo, con una particular atención siempre a los más débiles y a los más desfavorecidos de la sociedad. Debemos contribuir a que la sociedad siempre sea más humana, más fraterna. Nosotros los cristianos lo hacemos desde la fe en Jesús de Nazaret que todo lo salva, lo redime y lo ennoblece.

Por ello, como tanta veces decía Juan Pablo II, no debemos tener miedo. No tengáis miedo de la Iglesia tampoco, porque ella está al lado de cuantos se interesan por la dignidad del hombre y su libertad auténtica.

Queridos amigos propagandistas, es tiempo de sembrar con espíritu de servicio y de generosidad, es tiempo de mirar al futuro con confianza tomando en consideración todo lo que hay de verdadero, de justo, de amable y de bueno también en nuestro alrededor; es tiempo de contemplar el futuro con esperanza, la esperanza en la que hemos sido salvados; en la esperanza y en el amor como nos ha recordado el papa Benedicto XVI.

Estoy persuadido de que sólo el amor es digno de dar la vida y convencido de que la caridad que nace en la fe cristiana mueve montañas, allana los caminos, tiende puentes, supera enemistades, acorta distancias entre los pueblos. En palabras del apóstol San Juan, "el amor procede de Dios, todo el que ha amado conoce a Dios, si Dios nos ha amado así también nosotros tenemos que amarnos los unos a los otros". Hoy los cristianos, en medio del mundo, tenemos una especial responsabilidad: toda la regeneración de nuestro mundo. Debemos evangelizar, debemos ser la voz de los que no tienen voz, ser asideros de los más débiles de nuestra sociedad, acompañar a los que están solos, secar las lágrimas de los que sufren, ayudar donde nadie ayuda, llegar a donde nadie llega, decir lo que nadie dice.

Creo sinceramente que como propagandistas tenemos hoy muchos retos y desafíos en un contexto difícil, complejo, pero al mismo tiempo apasionante. Es una labor de siembra, de riego, porque los fru-

tos no están en nuestras manos sino en manos de Dios. Esa labor de siembra tiene que estar movida e inspirada en la generosidad, en la vocación de servicio, en la fecundidad de nuestro apostolado, en nuestra vida pública en la que no podemos dejarnos vencer, ni muchísimo menos, por el pesimismo. Para muchos cristianos, aunque esto ya se está superando, la desesperanza es una verdadera tentación, una auténtica amenaza, es cierto que hay muchas dificultades en la Iglesia, en el mundo y en la sociedad, pero lo cierto y verdadero es que Dios nos ama irrevocablemente, que Jesucristo nos ha prometido su presencia y asistencia hasta el fin del mundo, que Dios en su providencia saca de los males, bien para todos sus hijos; la Iglesia y la salvación del mundo no son obra nuestra sino empresa de Dios.

No es el momento de mirar atrás añorando tiempos en apariencia más fáciles y fecundos. No nos engañemos. No hay fecundidad sin sufrimiento, sin la Cruz. En la providencia misericordiosa de Dios nuestro Padre las dificultades contribuyen siempre al bien de todos sus hijos, purifican, nos mueven al arrepentimiento y sobre todo, a la renovación espiritual. La Cruz es para nosotros el camino para la vida, y a nosotros lo que nos toca ahora es fecundar con humildad, y al propio tiempo, con fortaleza, los planes de Dios, sin caer jamás ni en el pesimismo ni en la desesperanza. No podemos hacerlo por ásperas, por difíciles o desagradables que aparezcan estas circunstancias. Y porque el pesimismo, como reza nuestra oración, es contrario a la gracia y a la fe.

Siempre ha habido mucho de inseguridad y de miedo en la furia de nuestros perseguidores, mucho de entereza, de valor, de seguridad en la mansedumbre de los perseguidos. Llevamos el camino adecuado, que es el camino de la Cruz, el camino del que murió por nosotros y que nos amó y que nos acompaña. Hoy ese camino nos sirve para confortar la esperanza, que es consecuencia de la fe y que nos abre hacia el optimismo.

En este trance, le pido a Dios Nuestro Señor que nos ilumine para que nosotros, como propagandistas, estemos a la altura de nuestra historia, de los elevados ideales que una vez inspiraron la fundación de esta Asociación y la de sus Obras. Y para que, cuando nosotros hayamos desaparecido, podamos abrigar la esperanza de que los hombres que hemos formado y que han salido de esta Casa y que nos sucedan, puedan pensar recordando las generaciones que les han precedido, que si acaso no pudimos o no supimos hacer una España tan grande como la que soñamos, hacer una escuela o una universidad o un colegio mayor tan sabio o tan maduro como el que quisimos, a extender la cultura católica tan vastamente como hubiéramos deseado, por lo menos puedan decir que contribuimos a forjar los instrumentos para ponerlos en sus manos, para que ellos fueran capaces en el futuro de lograr todas esas grandezas.

Que Dios Nuestro Señor nos ilumine. Que la Virgen María Santa Madre de Dios nos proteja. Que el Apóstol de los Gentiles, San Pablo, bendiga esta inmensa obra de Iglesia que es la Asociación Católica de Propagandistas, al servicio de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y al bien de nuestra Patria.

Que ellos nos procuren la luz necesaria para afrontar nuestra misión y que nos concedan las fuerzas para llevarlas a buen puerto; para servir a la Iglesia y para servir a España.

Muchas Gracias

Alfredo Dagnino Guerra